DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. CASTRO SILVA

De la Academia Colombiana, con ocasión del homenaje que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario tributò a don Rafael Pombo en el Centenario de su nacimiento

Señoras y señores:

Vuestra presencia en el viejo claustro del Colegio Mayor tiene hoy algo y mucho de aquellos conjuros y evocaciones que en todo tiempo y de diversísimas maneras dieron testimonio de esta fe indestructible, perpetuamente empeñada en salvar el abismo que nos separa de la muda y misteriosa eternidad.

Como los ojos cargados de angustia otean la fluidez de las aguas voraces que sepultaron una vida, y se clavan ansiosamente abiertos en el vestigio que sobrenada al azar de los raudales, así el día de hoy nos ha sorprendido contemplando sobre los remansos del tiempo un nombre colombiano y rosarista, convertido por la fama en reliquia simbólica y destinado a mecerse triunfador sobre las corrientes de nuestra historia literaria.

Diréis acaso que sobra la recordación de la muerte destruidora cuando todo nos habla de una supervivencia gloriosísima; pero yo sé que mientras haya quien represente según la sangre y según el espíritu la estirpe del gran poeta, no es posible apartar de estos ritos gozosos el sabor amargo de las lágrimas. ¡Cómo podrán secarse mientras vivan los que le vieron cruzar por la tierra mirando siempre a las alturas, arrobado en la contemplación de la verdad y la belleza, luchando por arrancar a los cielos inmobles y silenciosos la palabra de esperanza y de consuelo, y logrando a veces, en momentos de éxtasis, escuchar a través de su propio corazón ésas que él mismo llamó en frase sublime «las notas de la música de Dios»!

Para el Colegio del Rosario exaltar a este hijo suyo privilegiado, es añadir una garantía de fortaleza a las incontables en que tiene fincada su duración y resistencia, es señalar en el firmamento que lo abriga una estrella polar que le dará rumbo y orientación cada vez que se turben los aires de cultura espiritual que deben impulsarlo; es, sobre todo, hacerles sentir a las generaciones nuevas que la suma riqueza de los hombres no está en el descubrimiento de la utilidad inmediata y palpable de las cosas, sino en un lozano florecer del alma que luego de juntar en los tesoros de la inteligencia cuanto pueda inquirir de este mundo universo, acude como deidad dominadora para extraer armonía de lo que semeja contrariedad y disonancia, que introduce la paz donde reinaban la agitación y tumulto de los sentimientos, que hace pie en lo particular, en lo mudable, en el accidente y hasta en la aberración, para levantarse a definir el sello y la impresión de las leyes eternas; que reemplaza la curiosidad y el choque mecánico y brutal del efecto por el desarrollo lógico de las pasiones humanas que aun siendo errátiles, integran la naturaleza; que cree asimismo que las luchas y conflictos interiores no son sino un preámbulo necesario para que triunfe la perenne razón y reduzca, subyugue y purifique los recónditos afectos de la desesperanza y de la compasión; que, por último, levanta el alma de estas aflicciones y hostilidades, porción opaca y dolorosa en el contrapunto de la existencia, con el dulce gemir de una rima o con la majestad de un verso en que palpita reconcentrado el pensamiento.

Consagrando hoy esta memoria de mármol en homenaje al poeta, la añosa institución de Fr. Cristóbal obedece a varios simbolismos. Como el taumaturgo conductor de Israel hirió una piedra e hizo brotar de sus secas entrañas un atropellado manantial de frescuras, así me imagino que este Colegio ordenó que a golpes de cincel y de buril brotase de esta lápida el nombre de Rafael

Rosario Histórico

Pombo y con él una fuente de ensueño y unas aguas vivas y abundosas en que el tumulto de los sentimientos es cristal inquieto donde se quiebran y reverberan sin cesar la luz del alma y el centelleo de los afectos.

Y como a lo largo de las vías triunfales colocaron los antiguos cipos, altares, monumentos y estelas conmemorativos de próceres y de hazañas estupendas, así este claustro quisiera decorar el camino de siglos que tiene andado, con estas piedras que son amorosa reivindicación de los que fueron suyos y amaestramiento perdurable a los que hoy y mañana y siempre discurrirán por estos sitios en demanda de la verdad hacedora de hombres. Mirad, señores, en torno vuestro: los sabios, los maestros, los legisladores y los mártires de la patria, hijos del Rosario, ya van ocupando sitio material y patente aquí donde siempre han asistido invisibles y como velados por una esplendorosa nube de tradición. Algún día habréis de ver a muchos más salir de los dominios de la crónica erudita o del recuerdo legendario para que sus nombres y sus méritos, esculpidos en mármol, sean la levadura de grandezas que aguarda la mocedad contemporánea. Pero nos faltaba el poeta, y era urgente traerle a este augusto senado de sombras vigilantes para que trabara con el eslabón de su ingenio príncipe y sublimara con el encantamiento de su arte las fatigas a que se pusieron unos por acendrar las letras, otros por escudriñar la naturaleza, estos por alcanzarnos libertad, aquellos por asentar la soberanía, y todos por formar el sér y la personalidad nacionales.

Pasaron casi todos los pueblos por una época de suma sencillez y de poderosa y talvez elemental unidad en que el poeta era un eco solemne de la multitud que le escuchaba, y tenía voz de inmortal resonancia porque, sin distinguirse notablemente de la masa del pueblo por las ideas y pasiones que enfervorizaban su canto, lo creía, lo sentía y lo afirmaba todo de manera más enérgica,

más íntima y más luminosa. Pero ¡qué presto se deshizo esta consonancia cuyos rastros aún nos es dado percibir en escondidos rincones provincianos donde suenan de vez en cuando viejas y tradicionales canciones que conmueven el alma regional, o donde todavía se archivan en coplas ingenuas y anónimas que andan de boca en boca, los sucesos del terruño! Vestigios son estos de peregrina rareza, porque la homogeneidad del poeta y del pueblo es transitoria: como los planetas rondadores de un sol se segregaron de la nebulosa primordial, así el mundo interior de cada hombre va distinguiéndose y separándose cada día más del centro intelectual colectivo, y amanece la época en que el sentir y el pensar no son unánimes y en que no puede haber más poesía legítima y sincera que la individual o personal. Expresará sin duda, so pena de no ser inteligible para nadie, algún estado general del alma humana, pero traduciéndolo en formas tan singulares y privativas del poeta, que vendrá a convertirse en propiedad y dominio suyo. Hablará de amor y de dolor y de belleza, que esa es la lengua universal y al alcance de todos, pero pondrá en sus versos tal dejo y sabor de su propia emoción, y verterá en ellos su experiencia íntima con tánta exactitud y ajustamiento que al fin y al cabo no serán sino la veladura y cendal en que se reboza la siempre trágica desnudez del alma.

Tál se me presenta don Rafael Pombo, y cuanto más pienso en el conjunto de sus obras, más encerrado y solitario lo veo en su castillo y morada interiores, más aislado y remoto de sus contemporáneos, y, no obstante la gentilísima y proverbial amenidad de su trato, más apartado de la muchedumbre y más esquivo a la comunicación. Parecerá a algunos un contrasentido que así juzgue a quien precisamente fue tan pródigo y opulento en descubrirnos lo que allá déntro le consumía, tan largo y manirroto en contarnos sus cuitas y desolaciones; pero

Universidad del Rosario Archivo Histórico

reparad en que es sino de estos poetas buzos del alma, el mantenerse en aristocrático aislamiento; su misma sinceridad los defiende y los hace inaccesibles, porque cada lector y cada oyente, seducido por la hermosura, la originalidad y el ingenio con que el bardo expresa esos sentimientos que son allá en el fondo los que agitan a toda mente y corazón humanos, se los apropian desde luégo y desvían los ojos de la persona del autor, para embebecerse en la imagen de sí mismos y en la proyección magnificada y espléndida de lo que tántas veces experimentaron y nunca lograron revestir de formas adecuadas.

Los poetas como Rafael Pombo son grutas profundas, pobladas de sombras misteriosas y de increíbles arcanos donde repercuten con amplia resonancia las voces humildes y hasta los suspiros quedos del innominado transeunte que jamás se imaginó oír sus propios clamores y lamentos, perdidos hasta entonces entre el rumor de la universal congoja humana, y agigantados ahora y transpuestos a un tono de sonoridad tempestuosa.

Y como el otro buscador de riquezas y ávido de ganancia, criba solícitamente las arenas del río por donde viajan los grumos del oro codiciado, pero no atienden a las fuentes donde nace ni a las venas por donde viaja, así los hombres todos, grandes o pequeños, y quizá más los humildes que los aventajados, encendidos en deseos de vestir sus afectos con el oro deslumbrante de la cadencia rítmica, se adueñaron del verso que los sublima y de la estrofa que los define con caracteres de inmortalidad, pero se desentienden de la índole misma del vate cuya íntima personalidad queda entre nieblas, como quedaron entre fábulas la virtud y caudales del dorado Pactolo.

¿Quién piensa o quién recapacita en el complicado proceso cuya resultante es la moneda que pasa de unas manos en otras actuando como signo y equivalente del

valor de las cosas? Pues yo me imagino que los hombres no truecan ni traspasan sus gozos ni sus aflicciones, sus amores ni sus desengaños, nada en fin de lo que constituye el divino y a veces doloroso comercio de los ánimos, sin el auxilio de fórmulas poéticas que son la moneda legal en el mundo de los afectos, y el signo propio de estos valores eminentes que se llaman recuerdos y añoranzas, anhelos e ideales, arranques de pasión y perspectivas de lo eterno, visiones fugitivas de belleza, extáticas vislumbres de serenidad, sañuda exploración del sufrimiento y sombrías adivinaciones del mal. Troquelarlo todo en el molde de un verso, amonedar emociones supremas en un cantar o en una endecha, acuñar en una copla los desconsuelos y quebrantos de que nadie se libra, fundir en una fábula las ironías del buen sentido popular, y hacer esto de suerte que el verso y el cantar, la copla y la fábula entren en la común circulación y sean admitidos en ella como acabada y puntual muestra de lo que bulle y hierve en las honduras y secretos humanos, tál es el privilegio inconfundible de los poetas que, como Rafael Pombo, a fuerza de interpretar soberanamente lo que cada uno lleva dentro de sí, logran la más alta consagración de la popularidad, pero al propio tiempo como que se desligan del mundo y moviéndose en él por la virtud del pensamiento, adquieren una ciudadanía impalpable y fantástica: así acontece con los hijos del espíritu, que según el Evangelio, se parecen al ímpetu del aire que dondequiera suena y es sentido, sin que pueda saberse de dónde viene ni a dónde se endereza.

Pudiera yo hacerle revivir por un instante, y vosotros, los que no le conocísteis, probaríais que Pombo resolvió en sí mismo la antinomia de ser el más popular y múltiple de nuestros poetas y el más escondido de los hombres. A sus anchas y de hito en hito contemplaba en la naturaleza «un vértigo de voluntad tremenda», pero

Rosario Archivo Histórico

en su forma corporal todo era endeble y finura; no hubo paisaje ni fenómeno que no desentrañara en cláusulas henchidas de alígeras y turbadoras exégesis, acordes con su alma de vesubio, pero no paseó por el universo miradas aquilinas sino la sonrisa infantil de sus ojuelos juguetones; tan propicia le fue la musa del amor melancólico como la de la pasión tórrida y crepitante, mas por su aspecto cualquiera le habría podido asemejar al ruiseñor prisionero en jaula de frágil cañaheja; veríaisle perdido en sonoros laberintos de filosofía desengañada y pesimista, pero atento a iluminarlos de improviso con una explosión de esperanzas que le llevaban blandamente hasta las esferas superiores donde el nombre de Dios resuelve y pacifica todos los contrastes; y le veríais también sacudir sobre todas las falsías y mentiras de la comparsa anónima un látigo de embravecidas estrofas con denuedo y osadía que sólo en el pecho del más bravo justador pudieran albergarse, y a otra hora le hallaríais torneando un apólogo o un cuento de niños rebosante de suavidad, ingenio y donosura. Uno mismo es el hombre que improvisa mil suertes de ingeniosas galanterías y sabe deleitar con la bizarría del epigrama, y el que a despecho de siglos y de raza va a emparentarse con el gran metafísico de amor que fue León Hebreo; úno mismo el que solloza embargado por la fascinación de la hermosura, y el que «para variar de tedio únicamente» teje un poema cósmico en que se enfrentan «monstruos de roca y amazonas de agua». Y para que en la perenne antinomia que fue Pombo no faltara el momento tenebroso y el manto de sombras que hicieran resaltar la invencible claridad de su fe, héle ahí acumulando décimas sobre décimas para alzarse sobre ellas hasta las puertas del misterio inviolado, —así amontonaban montes sobre montes los gigantes para escalar los cielos—, pero notad bien que esos bloques y masas de interrogación audaz y hasta de furente rebeldía, concentran y apuran con

arte pasmoso las más hondas cuestiones que la teología católica propone y discute. Sólo que ella, consciente de la desproporción que hay entre los alcances finitos del hombre y la omnímoda ciencia de Dios, junta y armoniza toda contrariedad en una adoración humilde y confiada, pero Pombo, en esta obra suya y nada más que en ésta, prescindió de la conciliación dogmática y dejó a nuestra vista el problema como dejaron alguna vez los arquitectos una ojiva inconclusa y sin clave, que desde la altura inmensurable parece amenazar perpetuamente con el desplome de sus arcos rotos.

Ahora sí, señores, concededme que Pombo fue a un mismo tiempo el poeta de «alma innumerable», como dirían los griegos, o de «universal afinidad», como diríamos hoy, y el hombre a quien no se circunscribe jamás por completo, que rehuye toda clasificación y salva prestamente las mayores distancias; que a veces se inclina —¡y con qué celo!— sobre las costumbres y el habla de su tierra y de su gente para «ensanchar el lenguaje usual elevando con buena elección lo llano y lo vulgar que no tiene en lo culto correspondencia enérgica», y a veces cuando ya lo cree uno encadenado al pueblo, aparece alternado en buen amor y compañía con todo el linaje de poetas razonadores que se recogieron en sí mismos al abrigo de las nieblas australes. Y tampoco podréis confinarlo entre ellos, porque se os va desembarazadamente en busca del «hervir vividor» que desató el romanticismo y aun ahí siempre será su corazón «huésped descontento y derrochador de una poesía intensamente lírica en que la febril exaltación del Yo le abría camino para cifrar en números armoniosos el palpitar de los sentimientos comunes a todos los pueblos y latitudes, cuajar en formas traslúcidas los más fugitivos movimientos del ánimo, e interpretar la naturaleza no directamente sino reflejada en su propia alma como en espejo vivo donde el rayo inquieto de las ideas y de los afectos era artífice fecundo de transfiguraciones incesantes.

Rosario Archivo Histórico

No sé de otro que haya sido más diestro ni más variado al tocar con amor o con ira (a veces todo es uno) las luminosas quimeras de la vida; pero Rafael Pombo con ser romántico desde el principio hasta el fin de su carrera, probó magistralmente que si esa tendencia le satisfacía como expresión, no la aceptaba como yugo. Sobrábanle fuerzas para hacerse oír sólo y sin arrimo, obrando a la continua el prodigio de que cada oyente se apropiara la música del poeta y le diera la intepretación que a su estado de alma convenía; Pombo a su vez, probó a encarnarse en otros máximos vates, y de ahí surgió el ciclo de sus traducciones: la escena del Parnaso colombiano se pobló entonces de extrañas figuras; ingleses y franceses, tudescos e italianos, lusitanos y griegos y latinos vinieron a hablar en nuestro idioma sin que ni entonces ni ahora les hayamos rendido competente homenaje; lo que sí quedó en claro para unos pocos estudiosos fue que Rafael Pombo era muy señor y muy conquistador de la belleza eminente que por lo mismo que es tan espiritual y recóndita, no está pegada a los ápices de la dicción ni envuelta en los paños y fajas del idioma, sino que teniendo raíz universal y humana es también comunicable y difusa en alto grado. No tradujo Pombo el sonido de las sílabas ni la correspondencia material de las palabras, tradujo la vibración de las almas y, alguna vez, deteniéndose en el «Puente de los Suspiros», recogió las flores dolorosas que había dejado en tal sitio otro poeta, y de nuevo las arrojó a la mudez de la corriente aromándolas con todos los bálsamos y mirras de una trémula y pudorosa compasión.

Pombo, el romántico, abandonaba a ratos su escuela para lograr esparcimiento en los campos del más puro clasicismo. Puso los labios en la zampoña de Virgilio, y siguió ahincadamente en pos de Horacio, unos dicen que para comunicarle su genialidad «atrevida, audaz y voluntariosa, y remozar, añadiéndole nuevos sabores, el

añejo perfume de las ánforas latinas». Y piensan otros, sin perjuicio de esta observación muy atinada, que entre el venusino y el bogotano había semejanzas bastantes para explicar la predilección de Pombo. ¿Cómo no había de enamorársele si entrambos se atienen a un sistema conceptual en que va la realidad mezclada con la ficción, y que influye en el estilo más que en el lenguaje? —Fuéra de que Horacio es dueño de una personalidad múltiple: cuando escribe sátiras y epístolas es un romano que se codea con grandes y plebeyos por las calles, y como poeta lírico es un sacerdote de las musas a quien el cielo protege, que canta a las doncellas y a los niños, que despide al vulgo profano y se goza en tocar la flauta y pulsar la cítara en opacas grutas en compañía de ninfas y de diosas. Añadid que gustaba de lo ligero y picaresco, y sin muchos retoques, tendréis que esa semblanza de Horacio, pintada por Caro, cuadra admirablemente con la idea que tenemos de Pombo. ¡Qué mucho, pues, que le fuera fácil y llano asumir la índole latina como antes se había dejado ver interpretando a Shakespeare el embrujador, a Goehte el apolíneo, a Lamartine el lírico, a Byron el satánico y a Saldanha el piadoso! Verdaderamente acertó el vate cuando a sí mismo se nombró: «Fantasma evanescente que atraviesa por un mundo de nieblas».

Pero ese fantasma incoercible llevaba en sí un espíritu-prisma que tamizaba y descomponía todos los resplandores que esparció Dios por el universo. Ninguno lo tocó sin convertirse en peregrinos e iridescenses lampos donde nadan los secretos del hombre, como se recatan los de la materia en los colores de ilusión que emergen del poliedro cristalino herido por la luz. Y como revela éste arcanos muy remotos perdidos en la conflagración de las constelaciones, así el verso de Pombo traduce y manifiesta los temblantes y ondulosos enigmas que agitan este mundo interior del hombre y la mujer, mundo más

Universidad del Rosario Archivo Histórico

alto y encendido, más misterioso y revuelto que las estrellas parpadeantes en el confín de la creación.

Señoras y señores:

En noche serena y a la orilla de unas aguas quietas que copian el máximo esplendor lunar, habreis visto cómo al caer de una hoja, al soplo de una brisa o al golpe de un guijarro, se quiebra el disco de oro refulgente, y entrando en la huida de las ondas concéntricas, se dispersa en estallidos luminosos, en claridades dislocadas y en chispazos fosfóricos. Mas luego torna a adormecerse la laguna y sobre ella se engarzan todas esas fulguraciones movedizas para reparar la imagen solitaria de la luna.

Así, en estas fiestas centenarias nos hemos asomado al mar de la inmortalidad donde esplende el alma de Rafael Pombo, y si las palabras mortales de los hombres han pretendido distinguir y fraccionar sus aspectos, para entenderlo más razonadamente, su grandeza desafiará nuestros conatos, y otra vez se nos representará como un foco central de la poesía patria, como el hombre bueno a quien Jehová le dio labios que no podían abrirse sino para invocar el Ideal.

7: noviembre. 1933.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico